

LA AVENTURA SANTANDERINA DE UN EXILIADO GALLEGO: JOSÉ RUBIA BARCIA

José Manuel González Herrán
Universidad de Santiago de Compostela

En el pasado mes de marzo tenía lugar en la Facultad de Filología de la Universidad de Santiago de Compostela el encuentro “60 anos despois (‘sesenta años después’). Congreso para el estudio de los escritores del exilio republicano”, primero de esta serie que, impulsada por el Profesor Manuel Aznar Soler, ha venido ocupándose, a lo largo de este año, no sólo del estudio sino –sobre todo- del recuerdo y de la reivindicación de los intelectuales, escritores y artistas del exilio republicano de 1939. En una de aquellas sesiones presenté una comunicación titulada “Una voz del exilio republicano: José Rubia Barcia en 1985”, en la que me ocupé de este intelectual gallego, destacada figura de la “España peregrina”, que trabajó en Cuba y en los Estados Unidos, donde llegó a ser uno de los más respetados maestros de aquel hispanismo en su cátedra de Literatura española en la Universidad de California, hasta su fallecimiento, en la primavera de 1997.

Aunque no sea tan recordado como merece, José Rubia Barcia no es un desconocido en su país natal, donde –sobre todo, a partir de 1985- recibió varios reconocimientos públicos y homenajes, al tiempo que se reeditaban sus principales escritos, tanto de creación como de investigación y crítica. Por ello mi comunicación compostelana eludió la glosa de su vida, obra y personalidad, para –cumpliendo lo prometido en el título- ceder la voz al propio Rubia. Para ello me serví de la grabación magnetofónica de una larga entrevista que con él mantuve en julio de 1985 (cuya transcripción y edición espero publicar pronto, mientras voy ofreciendo avances y fragmentos en artículos o comunicaciones como ésta); grabación de la que seleccioné algunos cortes, en los que José reflexionaba acerca de lo que significa el fenómeno del exilio, además de explicar, interpretar y valorar el republicano de 1939, del que había sido destacado protagonista.

En este encuentro dedicado al exilio republicano en Cantabria, quiero dedicar mi atención a ese mismo exiliado gallego, de cuya fascinante biografía evocaré aquí un curioso y poco conocido episodio de su juventud, en esta ciudad, rescatando además del olvido varios artículos de su copiosa producción periodística. Aunque no voy a repetir ahora lo que expuse en Santiago (y que puede leerse en las *Actas* de aquel congreso, ya publicadas), quiero recordar tan sólo un párrafo que me parece pertinente:

“Rubia Barcia, como otros muchos compañeros de la diáspora de 1939, continúa en el exilio. Una manifestación no sólo de injusticia sino de despilfarro; la sociedad postfranquista no ha estado tan sobrada de intelectuales, sabios, artistas, políticos (y así nos ha ido...) como para desdeñar las aportaciones de toda una generación: la de quienes fueron cruelmente expulsados de la casa común por el grave delito de haber puesto su inteligencia o su talento al servicio de la democracia y de la libertad. Es cierto que, al comienzo de la transición, la prensa, la radio, la televisión, los teatros, los ateneos, los parlamentos vivieron una especie de *fiesta del exiliado*, que celebraba la recuperación de los más famosos de entre ellos (no siempre los más valiosos), mientras que -de manera más discreta y decorosa- otros iban volviendo poco a poco, o seguían a la espera de ese mínimo gesto de reconocimiento a que creían tener derecho. Cuando está próximo a cumplirse un cuarto de siglo de la muerte del dictador esa deuda histórica sigue pendiente: encuentros como el que en estos días nos reúne aquí son una excelente manera de ir saldando ese pago aplazado”.

Dicho lo cual, y para situar esa “aventura santanderina” del joven Rubia Barcia, resumiré rápidamente lo más notable de su vida y personalidad. Aunque las biografías suelen situar su nacimiento —en julio de 1914— en Ferrol, lo cierto es que vio la luz en una villa marinera de aquella ría, Mugaros, cuya larga tradición socialista y comunista desde los años de la República, perdura aún en la Galicia de hoy. Tras el bachillerato en el Instituto ferrolano, en 1931 inició en la Universidad de Granada los estudios de Filosofía y Letras; allí se despiertan o avivan sus inquietudes literarias, teatrales y políticas: conoce a García Lorca, colabora en la prensa estudiantil, inicia su militancia socialista. Licenciado en 1935, prepara su tesis doctoral sobre literatura árabe (la de arabista será su vocación frustrada), mientras trabaja como profesor ayudante en un instituto granadino. La sublevación de 1936 le sorprende en Madrid haciendo oposiciones a cátedras de lengua y literatura españolas; se pone inmediatamente al servicio de la República y, a lo largo de la guerra desempeñará importantes cometidos, tanto en servicios político-militares como específicamente literarios: el principal, la dirección de la revista *Armas y Letras*. En enero de 1939 cruza los Pirineos y es encerrado en uno de los campos de concentración para republicanos españoles del sur de Francia, de donde consigue escapar.

En mayo de 1939 embarca rumbo a Cuba, donde tiene vínculos familiares; en La Habana trabaja como profesor y periodista: dicta conferencias, funda una Academia de Artes Dramáticas y publica sus primeras obras de creación. En 1943 Américo Castro le invita a dictar cursos en la Universidad de Princeton; ya en Estados Unidos, trabaja como redactor y locutor de español en una emisora de radio en Nueva York, donde conoce a Luis Buñuel, con quien se marcha pronto a Hollywood, contratados ambos por la Warner para el doblaje de películas al español. Allí pasa algunos años, simultaneando ese trabajo con la escritura de guiones, traducciones, teatro, radio, enseñanza... Hasta que en 1947 ingresa como lector de español y portugués en la Universidad de California en Los Ángeles (la prestigiosísima UCLA), en donde desarrollará una brillante carrera docente, prolongada en un buen número de prestigiosos discípulos, hasta alcanzar la Dirección del

Departamento de español y portugués en 1963. El año anterior había viajado por primera vez a España, y a partir de 1975 (verano en el que tuve la fortuna de conocerle e iniciar nuestra cordial relación) sus vacaciones en Galicia empezaron a ser relativamente regulares, primero de manera privada y limitadas al círculo familiar o amistoso, luego invitado como conferenciante en congresos y cursos: el primero de ellos, en La Magdalena santanderina, en el verano de 1984. Jubilado en 1985, fue nombrado Profesor Emérito de la Universidad en la que había enseñado durante 38 años; desde entonces se dedicó a la recopilación de su abundantísima obra dispersa, al tiempo que emprendía un ambicioso proyecto de investigación histórica que no pudo concluir. Falleció en Los Ángeles el 5 de abril de 1997; atendiendo a su última voluntad, sus cenizas se esparcieron en las aguas de los dos mares en cuyas orillas comenzó y acabó su vida: el de Galicia y el de California.

Reconocido como uno de los más prestigiosos valleinclanistas, publicó también importantes trabajos sobre literatura española moderna y contemporánea: Rosalía de Castro, Pardo Bazán, Unamuno, Américo Castro, García Lorca, León Felipe, Larrea, Sender, Aleixandre... Además de la investigación y crítica histórico-literarias, Rubia Barcia escribió traducciones (principalmente, de César Vallejo al inglés), ensayos, teatro, poemas, un guión de cine (a medias con Buñuel)... Y, como intelectual inequívocamente comprometido con la república y con el socialismo, decenas de artículos de tema político en periódicos y revistas del exilio (*Nuestra España, Pueblo, España Libre, Le Socialiste, Plus Ultra, España Republicana, Libertad*), algunos de los cuáles reunió en el volumen *Prosas de Razón y hiel*, editado en Caracas en 1976 y que no tenido la difusión y reconocimiento que sin duda merece.

Este es el exiliado gallego, republicano y socialista, cuya juvenil aventura santanderina quiero evocar aquí. Con estas palabras me la contó en aquella nuestra conversación en una apacible tarde veraniega de 1985, en la casa de su familia mugardesa:

“El año treinta y tres Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública, funda la Universidad Internacional de Santander. Cada universidad tenía la posibilidad de enviar dos becados (estudiantes muy cerca ya del final de su carrera o ya licenciados) por Facultad, y la nuestra propone a Francisco Molero y a mí; este Molero era un sacerdote -luego sería jesuita y creo que aún vive-, que se había graduado de médico a los veintiún años y que a esa edad empezó Filosofía y Letras. Pues bien, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada vamos a Santander este Molero y yo. Pero no vamos en el año treinta y tres, vamos en el treinta y cuatro: en el verano del treinta y cuatro.

(...) Fue una experiencia inolvidable para mí, porque era una universidad integrada por gente de prestigio internacional, estudiantes de diversos países, y un ambiente extraordinario de conferencias, de discusiones en los pasillos y tal... Fue también el año en el que se le rinde el homenaje a Unamuno, y Unamuno está en la Universidad; va a estar Gaos, va a estar Ortega, va a ir también Zubiri: es decir, que hay tremendas personalidades en la Universidad. Pero ese año treinta y cuatro, hay jaleos y tal...; y entonces ocurre que hay un gallego que se llamaba Pena, Nieto Pena (que a lo mejor vive todavía): era el cronista de un periódico que se llamaba *El Cantábrico*... No sé si todavía existe. Pero *La Región*, que era el órgano socialista, no tenía a nadie en la Universidad. A mí no se me había ocurrido, pero de pronto se me ocurre decir: “Bueno, ¿por qué no hago yo crónicas de esto de

la Universidad?; de las cosas de que este señor no se ocupa, me ocupo yo en otro periódico y hago crónicas”. Entonces fui a la redacción de *La Región* y me dicen que Malumbres, que era el director, estaba en la cárcel. Y, entonces, si está en la cárcel, saldrá o no saldrá...; y me fui a la cárcel a verlo. Le dije quién era, y que pertenecía a la agrupación socialista de Granada, y que me gustaría hacer crónicas para *La Región*. Él me dice: “Mira: el periódico está ahora muy mal... Hazte tu cargo de él; si quieres: ve tú y encárgate tú”. Y allá me fui con la tarea de hacer parte de *La Región* y de comunicarme con él en la cárcel. Y empiezan a aparecer crónicas mías de la Universidad de verano: algunas firmadas y otras sin firmar...

Firmadas con “Xeruba”... “Xeruba” era Xepe (en gallego), Rubia Barcia. Y algunas con mi firma: cuando se trataba de cosas llamativas, ponía mi firma y si no, hacía otras cosas de crónicas de información y tal... Y ya desde la primera o segunda semana empecé a escribir crónicas y hice un buen número de crónicas.

Allí llego Lorca con su teatro, con “La Barraca”, ese mismo año también..., y otra vez estuve en contacto con Lorca, a quien yo conocía de Granada...”

Interrumpamos un momento estas evocaciones para verificar documentalmente sus datos. Ante todo debo indicar que no era esa la primera vez que Rubia me hablaba de su colaboración en el diario socialista santanderino; años antes –cuando yo residía en esta ciudad, como Catedrático del Instituto de La Albericia–, Rubia me había pedido que buscara en estas hemerotecas aquellas crónicas suyas del verano de 1934 en *La Región*, que nunca había recuperado. Así lo hice y le remití a Los Ángeles fotocopias de los cuatro artículos firmados por “Xeruba”: no necesito ponderar su alegría por aquel rescate, que le permitía acrecentar con nuevas piezas la recopilación que preparaba de su obra periodística. Pero esta conversación de 1985 añadía un dato nuevo: además de las crónicas firmadas con aquel seudónimo, Rubia Barcia era el autor de otras sobre el mismo asunto –las actividades de la Universidad Internacional de Verano– que aparecían sin firma; además de otras colaboraciones, artículos de fondo, editoriales y notas sin firma (cuya identificación parecía imposible sin su ayuda); aunque para entonces yo me había trasladado ya a Santiago, quedamos en que intentaría –con ayuda de mis colegas y amigos santanderinos– completar aquellas pesquisas. Lamentablemente, tal propósito no llegó a cumplirse, y en el inventario de artículos periodísticos de Rubia Barcia sigue aún pendiente de colmar esa laguna.

Buena ocasión puede ser esta para remediarlo: con la eficaz ayuda de mi discípula y amiga Raquel Gutiérrez Sebastián –a quien públicamente se lo agradezco– he localizado en la colección de *La Región* que se guarda en la Hemeroteca Municipal varias crónicas, a dos columnas y en primera página (que a veces continúa en el interior), todas ellas con el título común de “Santander intelectual. La Universidad Internacional, en acción”, que dan cuenta de las actividades, cursos y conferencias en La Magdalena: la primera aparece el 6 de julio de 1934 (es decir, que el estudiante mugardés no tardó más de cinco días –el curso había comenzado el 1– en iniciar su espontánea corresponsalía), y las siguientes, el 7, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 17, 18, 20, 21 de julio y 1 de agosto; la del 9 de julio, lunes, más extensa y a tres columnas, se titula “Santander cultural. Con asistencia del subsecretario de Instrucción Pública y de las autoridades, se inauguraron ayer, oficialmente, los cursos de la Universidad Internacional de Verano”, y va precedida de una indignada nota, “Explicación

debida”, en la que el diario reprocha a la secretaría de la Universidad el ofrecer deficiente información acerca de sus propios actos oficiales: evidentemente, aquel estudiante becario en funciones de periodista no estaba en condiciones de firmar tal nota, aunque muy posiblemente fuese suya. Curiosamente, sólo las cuatro últimas crónicas (del 18, 20, 21 de julio y 1 agosto) son las firmadas con aquel seudónimo de XERUBA (o *Xéruba*, cuando no va todo en mayúsculas) cuyo sentido como acrónimo hoy podemos descifrar.

No puedo detenerme ahora a comentar todas esas crónicas, que, en líneas generales, se ocupan de reseñar las conferencias de cada día, con especial atención a los temas que coinciden con los intereses y línea política del periódico, pero también con los del bisoño cronista: así, además de la lección inaugural de Américo Castro, comenta detenidamente las de J. M. Yepes sobre “Panamérica”, de Gaos sobre “La Filosofía en el siglo XX”, de García Mercadal sobre “La Arquitectura y el Urbanismo”, Recaséns Siches sobre “Crisis de método y objeto en la Sociología”; y -con gran detalle- las de Pérez Serrano sobre “Realidad constitucional de la postguerra” y de Mirkine-Gnetzévitch sobre “Poder ejecutivo durante los últimos quince años”. En cambio, despacha con poco más que la simple mención de conferenciante y título otras sobre agricultura, física, química, biología, industria, economía; no obstante, sorprende la escasa atención dedicada a las lecciones de Bernard y Baty sobre teatro francés o a las de Adolfo Salazar sobre música, frente al amplio resumen de las de Odón de Buen sobre “Oceanografía”.

Pese a que la crónica del día 1 indicaba “continuará”, no parece haber más de esta serie “Santander intelectual” en el mes de agosto, aunque no faltan las informaciones relativas a la Universidad Internacional: según el propio Rubia recordaba en su relato, aquel verano estuvo en Santander García Lorca con “La Barraca”, y *La Región* se hace eco de tal visita en breves notas aparecidas los días 14, 15 y 16 de agosto; por cierto que el día 14, al lado de la noticia “La actuación de ‘La Barraca’ en la Universidad Internacional” hay una nota sin firma, enmarcada y tipográficamente destacada -“La Barraca’ debía ser un festejo popular”- que no me resisto a reproducir, por si acaso fuese Rubia Barcia su indig-nado autor:

“Para que verdaderamente se consiguiese el fin que persiguen los muchachos universitarios que actúan bajo el signo de García Lorca, sus actuaciones de teatro clásico no debían escatimarse y además de no escatimarse, debían tener acceso a ellas las clases populares.

Sobra sitio en La Magdalena para que el pueblo de Santander, de sensibilidad y cultura no corriente, pudiera admirar el arte de esta muchachada culta.

Se reparten escasas invitaciones, y este festival original y de positivos resultados culturales, no puede ser presenciado por las clases populares.

A los pueblos no les distrae ya los cohetes y espectáculos parecidos. Está al tanto de las nuevas rutas culturales y esta modalidad de las actuaciones de “La Barraca” le interesan.

Anoche acudió numerosísimo público a admirar el *Retablo de las maravillas*, del príncipe de las letras españolas; pero notamos la falta de los hombres de la pana y el mahón. Sin duda, no habían llegado las invitaciones para ellos.

Y conviene no perder de vista que “La Barraca”, como las misiones pedagógicas, fueron creadas para servir cultura al pueblo; por lo menos eso pensaron sus fundadores y mantenedores.

En quien consista, tiene la palabra”.

Concluiré recogiendo, de mi conversación con Rubia en 1985, la valoración que hacía de su paso por la Universidad Internacional de la República, y la comparación con su regreso a la actual U.I.M.P. “¿Qué juicio te merece –le preguntaba yo- la diferencia, o la semejanza, que puede haber entre lo que tú viste en el año treinta y cuatro y lo que has encontrado en el ochenta y cuatro, cincuenta años después?”. Esta fue su respuesta:

“No puedo ser objetivo en relación con esa comparación (...) Fue una gran emoción... pero al mismo tiempo... Eso me hace recordar la anécdota de un poeta árabe, cordobés, que está enamorado de una chica de Córdoba y se pasa la vida -veinte años de su vida- cantándole, soñando con ella y tal.; y de pronto le nombran embajador en Bagdad, y al llegar a Bagdad le dicen que su amada, la mujer que ha cantado tanto, está allí. Salió corriendo y no quiso verla.

Algo de esto me pasaba en Santander. Llegué a Santander y me quedaban los edificios. Fui al aula magna, en donde yo oí hablar a Unamuno, donde estaba rodeado de gente que a mí me interesaba mucho; estaba excitado con tanta ciencia, tanta literatura, tanta filosofía. El tema de aquel año [1934], el tema general, era la crisis del siglo XX y todo giraba alrededor de la crisis del pensamiento, de la crisis de la filosofía, de la crisis del arte. Fue un curso fascinante en todos los aspectos, estimulante a más no poder (...) que me ha influido para siempre: la experiencia de adquirir conciencia de la transformación histórica que se producía en el siglo XX, que para mí fue crisis de crecimiento, no crisis de angustia, ni de pesares, ni de negación. Aquello era... como era la España de la República: se abrían grandes perspectivas, por primera vez los jóvenes participábamos en la vida política, con un entusiasmo extraordinario; teníamos fe en el futuro, todo se preparaba y parecía que, por fin, España iba a cuajar en un gran país de nuevo. Era la culminación de todo el proceso desde la Restauración hasta ese momento. La República significaba borrón y cuenta nueva; aprovechamos la experiencia inmediata y ahora “el mundo es nuestro”. Estábamos llenos de entusiasmo por España, por sus posibilidades...”

Queden en el aire, como eco final de la conversación que aquí he recordado, esas ilusionadas palabras, cuyo esperanzado optimismo –el de un joven intelectual español ante aquella joven República- no tardaría ni dos años en verse frustrado.